



CAPÍTULO IX

El calvario de un justo

JA estaba todo dispuesto para la salida, y Guadalupe tenía á punto los caballos y la carga, cuando cayó como una bomba la noticia de que el doctor Herrera estaba preso en Ahualulco.

— Nobleza obliga, dijo don Alonso; es de gentes ir á ver por qué causa tienen en chirona á mi compadre; bien que él, que es un santo, no puede durar allí... Si no declaran delitos el curar de balde y con amor á todo el que lo pide, hacer caridad y querer á su familia, no sé qué delito le achaquen al doctor... Todo debe de ser un *equivoco*.

Yo me ofrecí para acompañar á don Alonso, y me dijo:

— ¡Bien haya lo bien parido! Cada quien da de lo bueno que tiene, y usted no puede negar de qué gente

pende... Sí, hombre; vamos, acompañeme, que así tendremos ocasión, luego que veamos libre á mi compadre *Inacio*, de preguntarle qué *jais* de pelota es esta que he *asgado* aquí cerca de la *ollita*.

En vez de salir para el *Bajío*, fuí nada más á Ahualulco, que distaba del rancho obra de cuatro leguas. Don Alonso salió dejándome en el mesón, pues no es bueno, dijo, que sepan anda por aquí un *chinacate*; si le conocen, puede costarle caro.

A las dos horas volvió el pobre hacendado más muerto que vivo.

— ¡Qué *tanteada*, hombre! diez horas tiene mi compadre para entregar diez mil pesos, y si no le *truenan*.

— Pero el doctor es tan conocido y tan querido, que eso y más juntará.

— ¡Ya lo creo que podría juntarlos! pero ¿usted cree que sea tan fácil tener diez talegas aquí y á estas alturas? Ya nos cansamos de rogarle al maldito jefe, mi compadre Madrid, yo y todos los propietarios del rumbo, y el condenado está en sus trece: ¡que no y que no!... Le ofrecimos libranzas sobre Guadalajara, hipotecas de nuestras fincas, cuanto usted quiera, y siempre no; dice que le fusila si no tiene luego el dinero.

Volvió á salir don Alonso, y al cabo de poco rato se presentó en el cuarto.

— Albricias; ya se juntó el dinero; con cien pesos de

aquí, ochenta de allá y mil de la otra parte, reunimos á tiro y tirón los diez mil del ala... Voy á decírselo á mi compadre.

Poco después, en sus diferentes entradas, me dijo el ranchero:

— Piélago ha doblado la parada y está más intratable que nunca.

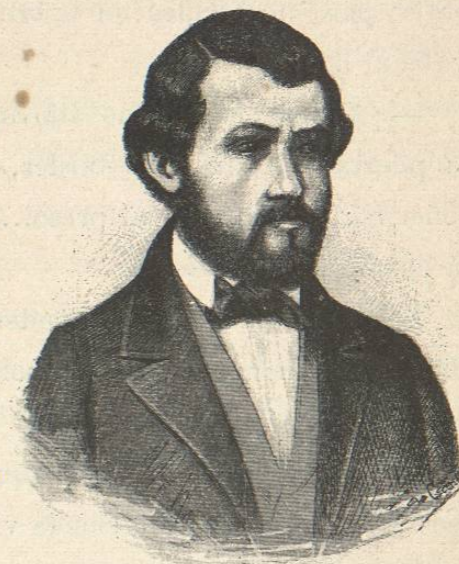
— Ha declarado que ni por todo el oro del mundo deja de fusilar á Herrera.

— Andan buscando á don Florentino Cuervo que se les escapó... Dicen que apenas su sombrero hallaron, en una cama, y las huellas de que se había ido por una tapia.

— ¿Se atrevería usted á llevar á don Ignacio un poco de cloroformo? Lo necesita para curarse una terrible jaqueca que padece.

A las ocho de la noche, disfrazado con sombrero ancho *alacrano* con águilas bordadas, cotona de cuero, calzonera de *tapa-balazo* y botas de campana, pedí permiso para entrar á llevar la cena al preso.

Registraron el portaviandas, el pan, la comida y mi



D. IGNACIO HERRERA Y CAIRO

traje; pero no esculcaron igualmente el zarape que llevaba al hombro.

— ¡Andale, bruto! me dijo un centinela que cuidaba la puerta; métete y no tardes, que tiene que entrar el señor cura á confesar al preso... ¡Qué bien cargarías tú la mochila, *bocaepalo!*

Entré al calabozo, y el condenado se puso en pie. Estaba excitadísimo, con el cabello alborotado y los ojos fuera de las órbitas.

— ¿Quién manda á usted aquí? ¿Viene á nombre de esos verdugos para quitarme la vida ocultamente, porque temen la luz del día?

Me dí á conocer, y el preso, ya más tranquilo, me dijo:

— Hace usted mal en venir; si supieran quién era usted, quizás se iba delante de mí. Son fieras sanguinarias, que no tienen más afán que matar, y no les retraen, sino que los excitan, la juventud, el mérito y la dicha... Mi desgracia es poseer la primera y la última de esas cosas, y voy á ser sacrificado obscuramente y sin gloria... No me pueden perdonar que haya llevado entre filas á los preladados de los conventos, á fin de demostrarles que eran iguales á cualquier hombre que elude una disposición legal...

Pero, en fin, ya todo eso se acabó... Usted verá á mis amigos; dígales que muero en la misma fe democrática

que amé y seguí toda mi vida... Dígales que cuando la patria sea dichosa y ellos sean grandes y hayan recibido el premio de sus sacrificios, se acuerden de este soldado de filas que pereció en una encrucijada, en una escaramuza, sin que el grueso del ejército notara su falta... Pero no; mi alma me dice que es necesario que mueran muchos obreros antes de que el edificio se concluya, que tiene que fecundar mucha sangre el arbusto de la libertad, antes que le veamos árbol frondoso que eche ramas y hojas... antes de que le vean, que mis pobres ojos no tardarán en cerrarse á la luz. ¿Trae usted el cloroformo? Siento que allí está el alivio de mis males, que así se me apartará este dolor que me hiende el cráneo como con mil sierras. A mis amigos de aquí, dígales cuánto les agradezco sus sacrificios, cuán obligado les estoy. Y á todos dígales que quisiera enviarles por su medio el discurso sereno y elegante de un Sócrates; pero que no les mando sino la manifestación del dolor de un hombre que ama, que cree, que no hacía mal á nadie y que esperaba vivir y ser dichoso al lado de una esposa amante y de una hija adorada... El cáliz pasará de mí; pero créame que es más amargo que el de cicuta que bebió el filósofo impasible; es de dolor humano, de noble y sincero dolor, como el queapuró mi maestro, el noble mártir del Calvario que tanto amo... Pero ¿qué hace usted? ¿Llora por mí, que me voy á regiones de luz? No sea usted niño; ¿cómo me he de

vestir ese traje exponiéndole á que le fusilen? Si ni en edad, ni en estatura, ni en color somos parecidos... Sacrificaría á usted cobardemente sin que ninguno de los dos avanzara un paso... Vaya usted, vaya usted, que bastante hemos tardado.

Y levantándose de la cama de tablas en que se había sentado, me dijo echándome los brazos:

— Salude usted á don Santos, á Cruz Aedo, á Ogazón, á todos los amigos... Entregue esta sortija á mi cuñado para que la dé á mi esposa; bese á mi hijita, y márchese.

Yo insistía en que aceptara mi disfraz, y él, quizá por consolarme, me animó á salir:

— No, no hay necesidad de eso; tengo un medio infalible de salvarme, y puede creer que no necesito de su nobilísimo sacrificio, que le agradezco con todo mi corazón: tomaré cloroformo, y no se animarán á matarme; mientras tanto, ustedes pueden mover recursos y hasta mandar propios á Guadalajara.

Salí al golpe, me registraron nuevamente, me alumbraron el rostro y me dejaron marchar tranquilo.

Al día siguiente aguardábamos confiados la hora que se había anunciado para la ejecución, y sólo por curiosidad nos asomamos á la plaza como se asomó un concurso inmenso de gentes, favorecidos ó amigos del noble mártir.

En punto de las seis vimos un cuadro que nos horripiló: en brazos de dos soldados salía un hombre pálido,

con palidez de difunto; los cabellos los traía echados sobre la cara; la barba, la hermosa barba rubia, estaba alborotada y llena de polvo; los ojos los tenía entrecerrados; de la boca le manaba una espuma sanguinolenta. Al levantarle los brazos le alzaban la chaqueta, le sacaban las faldas de la camisa y le hacían caer los pantalones. Se le veía el cañón de badana roja de una bota, mientras el pie contrario llevaba sólo calcetín.

En los cinco ó seis pasos que había hasta un gran fresno en que le ataron, le ayudaron á caminar varios de los presentes.

Cuando sujetaron el cuerpo con una cuerda fuerte, la cabeza quedó caída hacia un lado y el tronco desviado para el contrario.

— No le matan, decía la gente.

— Está muriéndose y le han indultado.

— ¡Si ya va á formarse el cuadro!

En efecto, el cuadro estaba listo, y á una voz del oficial los soldados dispararon sobre aquel cuerpo casi exánime.

— Está bien muerto, dijo el jefe del pelotón.

Y dispuso que se alejara ordenadamente la tropa.

Y allí quedó por el suelo aquel cadáver, pues la violencia de los disparos había roto las cuerdas. Estaba reclinado, con la cabeza en el lodo, el pecho lleno de sangre y la cara casi limpia. Apenas una veta roja que le

manaba de una oreja, empapaba la barba, el cabello sedoso y se metía por la boca, que mostraba un rictus terrible, expresando al mismo tiempo desdén y venganza.

Levantamos el cuerpo, le amortajamos y lloramos sobre él como herramienta de trabajo que había sido de tan gran corazón, como armadura de combate que había sido de tan gran espíritu.

El padre Eulogio, que rezó devotamente el oficio de difuntos, no se conmovió ni lloró, sino que enristrando los puños gritó entre dientes:

— ¡Maldita sea la guerra civil!

Y en su ademán abarcaba al oriente, al occidente, al septentrión y al mediodía.



CAPÍTULO X

Sacrilegio

PERPLEJO y mohino emprendí mi viaje, pasando por los pueblos que tanto conocía. Don Alonso quiso que me acompañara un mozo; pero yo preferí marchar solo, á vuelta con mis tristes imaginaciones.

¡La guerra! ¿Qué cosa más tremenda? Pero nosotros no la hemos desencadenado, ¡vive Dios! Hemos hecho lo que habría hecho cualquier partido en nuestro caso. Nosotros queremos el movimiento, el progreso, la vida; sacar á nuestra patria de la atonía colonial, hacerla semejante á los países en que los hombres adoran á Dios como les place, se tratan como iguales y gozan de deberes y derechos. ¡Pocos empeños habrá más santos! En cambio, dos grupos privilegiados, que medran á costa de la ignorancia